# Trabajadores en la gran ciudad

## Los mercados laborales durante la gran transformación urbana de Madrid, 1860-1936.

VI Programa Nacional de Investigación Científica, Desarrollo e Innovación Tecnológica 2008-2011, Proyecto HAR2011-26904

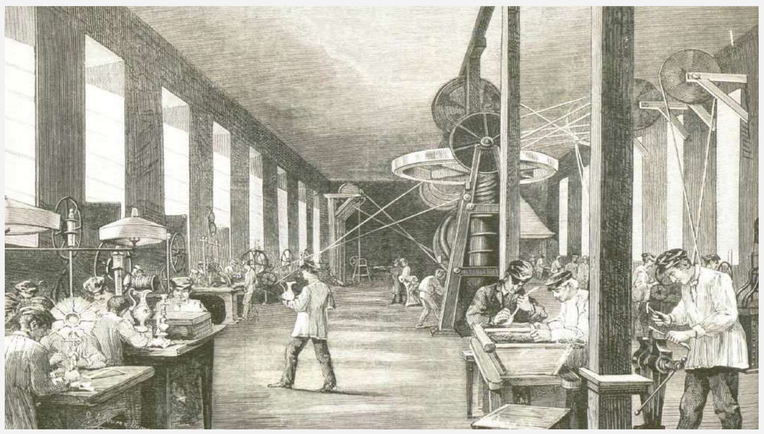
# EL OCASO DEL TRABAJO PREINDUSTRIAL (1860-1900)

La transformación del mercado laboral madrileño a mediados del siglo XIX no fue el producto de ninguna transformación en el seno de su economía. Madrid no había encontrado un camino nuevo para generar y acumular riqueza. Las causas fueron exógenas.

La intensainmigración y el subsiguiente exceso de mano de obra fueron los factores que acabaron propiciando el principio del fin del mercado laboral preindustrial. Las reformas interiores, la traída de aguas del Lozoya, la llegada del ferrocarril y la puesta en marcha del Ensanche recibieron como agua de mayo la llegada de una mano de obra abundante y extremadamente barata, que favoreció el desarrollo del sector inmobiliario y la construcción.

*Construcción del Puente de los Franceses, 1859.*

La construcción fue el sector que más trabajadores incorporó entre 1860 y 1900, porque ofrecía muchos empleos que exigían poca cualificación, especialmente adecuados para los inmigrantes recién llegados y sin experiencia en oficios manuales. A cambio recibían un jornal escaso, que muchas veces no superaban las 2 pesetas y contratos temporales. Había nacido la figura del jornalero urbano.



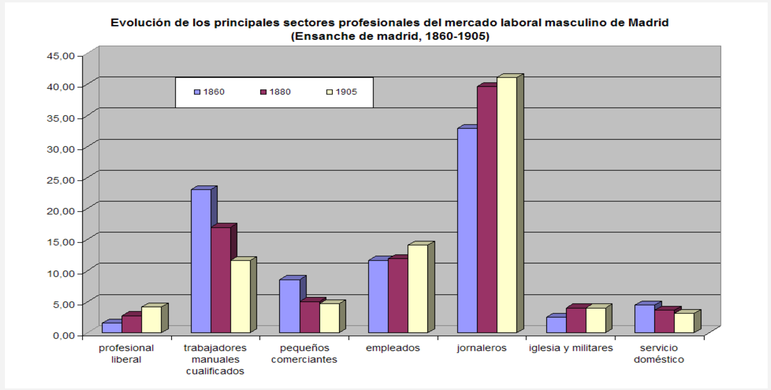
*Trabajadores de la platería de Luis Espuñes, 1885.*

La jornalerización del mercado laboral madrileño coincidió con la desintegración del mundo gremial, la corrosión de los oficios y la decadencia del artesanado de la ciudad. El vuelco de la economía madrileña hacia la construcción, la presión de las masas jornaleras, el aumento de la competencia de productos elaborados fuera de la ciudad y traídos por el ferrocarril, y la apertura de modestas fábricas y talleres en la ciudad, hicieron desaparecer parte de la autonomía que los trabajadores cualificados de la ciudad habían atesorado hasta entonces.

Estos se empleaban fundamentalmente en la construcción, en los talleres y fábricas estatales como la Casa de la Moneda, en el tendido del ferrocarril y en las pequeñas fábricas de la ciudad.

El proceso de jornalerización del mercado laboral madrileño se aceleró durante el último tercio del siglo XIX y alcanzó su máximo apogeo en la primera década del siglo XX, cuando más del 40% de la población activa masculina estaba compuesta por estos trabajadores poco cualificados y mal pagados.

La continua llegada de inmigrantes a Madrid garantizó que durante las décadas siguientes los jornaleros siguieran representando una de las figuras socioprofesionales más características de la ciudad.




No obstante, Madrid ofrecía otras oportunidades profesionales muy diferentes, vinculadas a su condición de capital del Estado liberal: durante el siglo XIX la ciudad se erigió en centro redistribuidor de recursos y personas a escala nacional, en nudo de comunicaciones, en sede de las principales sociedades mercantiles y financieras del país y en centro burocrático del Estado.

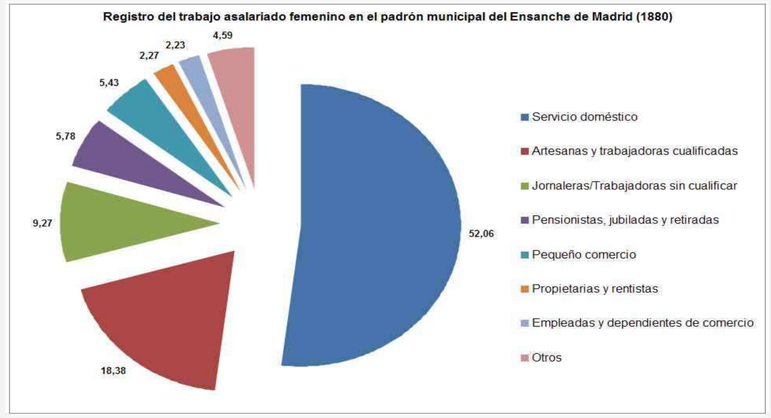
Dichos procesos transformaron la fisonomía y el tejido productivo de la ciudad durante el primer tercio del siglo XX, si bien su influencia ya se hacía notar en el cambio de siglo. De ahí que, a la altura de 1905, el sector servicios y el mundo de los empleados ya hubiera desbancado en importancia al artesanado tradicional de la ciudad.

*Negociado de operaciones del Banco de España, 1896.*

En el cambio de siglo el trabajo como empleado comenzaba a modificar sus perfiles como síntoma de una revolución que se haría patente en las siguientes décadas. Así, además de la burocracia o las comunicaciones, otros sectores se revitalizaron como el comercio donde llegaban nuevas técnicas de venta y publicidad. Además las primeras empresas privadas multinacionales, españolas y extranjeras ubicaron sus delegaciones y sus sedes sociales allí donde se aglutinaba el poder político y la información: en la capital, Madrid.

Más de la mitad de las mujeres que registraban una ocupación asalariada en Madrid se integraban en el servicio doméstico. En la capital vivía una auténtica legión de sirvientas, criadas, cocineras, nodrizas, institutrices y amas de cría.

En menor medida se encontraban aquellas mujeres que desempeñaban un trabajo cualificado a tiempo completo como el de costureras, cigarreras, telegrafistas, telefonistas o en sectores como el calzado y el tabaco.




La mayoría de las mujeres se empeñaban duramente en el cuidado del hogar, la manutención familiar y el remiendo de la ropa. Y, cuando la necesidad lo pedía, sacaban fuerzas de flaqueza para realizar trabajos esporádicos ya fuera en el hogar o lejos de él.

*Trabajadoras de la fábrica de calzado de Soldevilla, 1874.*

*Retrato de ama de cría , c. 1880.*

La excesiva temporalidad de la inmensa mayoría del trabajo realizado por mujeres, así como el marcado carácter informal de éste, redujo considerablemente su visibilidad de los registros oficiales (tres de cada cuatro mujeres mayores de 14 años señalaron como profesión las labores de su sexo en el padrón de 1905). La fuerza de la costumbre y la moral imperante hicieron el resto.

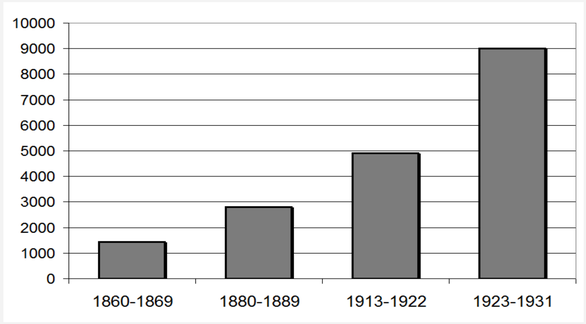
*Lavaderos del Manzanares, c. 1915*

# LA INDUSTRIALIZACIÓN DE MADRID (1900-1930)

Durante la segunda mitad del siglo XIX el desarrollo industrial de Madrid fue muy débil en comparación al de la manufactura textil de Barcelona o de la minería y siderurgia de la Ría de Bilbao.

Sus mayores centros fabriles eran las Reales Fábricas (Tabacos, Tapices y Casa de la Moneda) y la Fábrica de Gas. El ferrocarril sólo cobró importancia a partir de la Restauración. Por ello, Madrid encontró en el sector de la construcción su motor económico más importante.

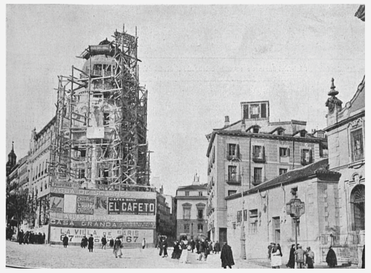
**Licencias concedidas por el Ayuntamiento de Madrid para la construcción de viviendas**




La importancia de la construcción para la economía madrileña se mantuvo durante el primer tercio del siglo XX. Al igual que ocurrió en otras grandes ciudades europeas, las oleadas de inmigrantes durante los años de entreguerras exigieron la construcción de miles de viviendas.

A la altura de los años 20 Madrid estaba inundada por las obras, tanto en las periferias del Extrarradio, que se expandieron rápidamente con casas bajas de mala calidad y parques urbanizados de casas baratas, como en el interior, donde se levantaron grandiosos edificios que simbolizaban la irrupción de la moderna metrópoli.

*Construcción del edificio de la Compañía Telefónica, c. 1926.*




*Construcción del edificio Unión y el Fénix, c. 1910.*

En esta marea de obras, que daba empleo a miles de trabajadores, el proyecto estrella fue la apertura de una amplia avenida en el centro para conectar los barrios de Salamanca y Argüelles, conocida popularmente desde sus inicios como Gran Vía.

A todo ello se añadió un ambicioso programa de mejora en las infraestructuras urbanas, como la electrificación de las líneas del tranvía o la canalización del río Manzanares, y creación de otras nuevas, como las primeras líneas suburbanas del metro.

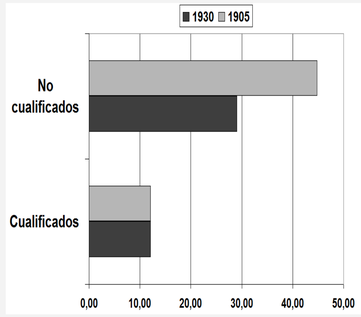
*Obras del Metropolitano, c. 1917.*

*Obras de construcción del segundo tramo de la Gran Vía, 1921.*

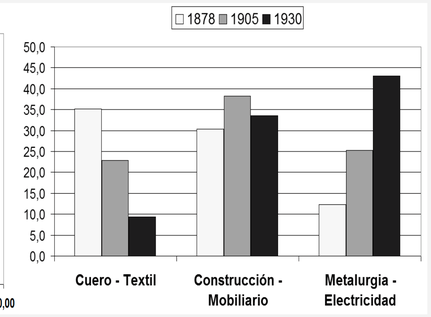
La expansión de las obras durante el período de entreguerras no implicó un incremento en el porcentaje de albañiles, braceros, peones, carpinteros o jornaleros.

Durante el primer tercio del siglo XX sucedió lo contrario: los trabajadores manuales no cualificados, adscritos mayoritariamente al sector de la construcción, redujeron su peso dentro del mercado laboral madrileño, mientras que los cualificados mantuvieron su importancia.

**Trabajadores manuales en el Ensanche de Madrid**




**Actividades de los trabajadores cualificados**




Además, los trabajadores cualificados experimentaron una transformación interna en cuanto al tipo de actividades que realizaban, con un notable incremento del mundo de la metalurgia, la electricidad y la química.

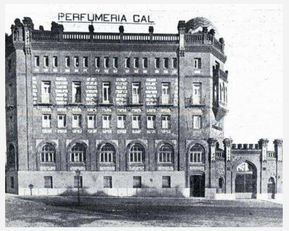
La aparición de la electricidad y los nuevos sectores de la segunda revolución industrial convirtieron a Madrid en un lugar idóneo para la inversión y la creación de nuevas empresas e industrias.

*Armazón de hierro y acero del edificio de la Telefónica, c. 1927.*

*Fachada exterior de la Standard Eléctrica, S.A., c. 1928.*

El desarrollo del capitalismo implicó la aparición de economías de escala en la producción, el consumo y la provisión de bienes e infraestructuras. En Madrid se instalaron filiales de empresas extranjeras, como General Electric, Siemens, Philips o Standard Eléctrica, y también españolas, como la compañía bilbaína Euskalduna.

La aparición de la mediana y gran empresa transformó el mercado laboral madrileño y fomentó la creación o ampliación de fábricas, como Perfumerías Gal o Cervezas El Águila, que concentraban a una gran cantidad de trabajadores.




*Vistas exteriores de la fábrica de cervezas El Águila y de la fábrica GAL, años 20.*

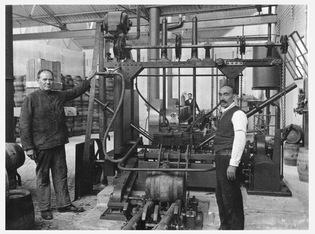
A la altura de 1930 Madrid era la tercera región industrial del país, con un modelo caracterizado por su diversificación entre los nuevos sectores de producción (transformados metálicos, química y material eléctrico) y los tradicionales (artes gráficas y construcción).

Unas transformaciones que se localizaron fundamentalmente en el Ensanche Sur, el distrito industrial de la ciudad, donde la presencia del ferrocarril facilitó la instalación de múltiples talleres, almacenes, fábricas, depósitos y naves industriales.

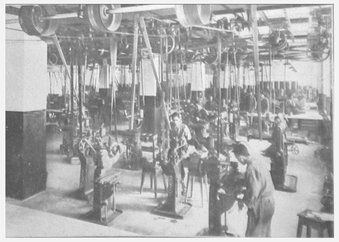
*Estación de Atocha en 1928*

La industrialización de Madrid produjo una recualificación general de los trabajadores manuales madrileños. El manejo diestro de una maquinaria compleja y sofisticada adquirió una relevancia crucial. Los fundidores, electricistas, fresadores, torneros y mecánicos en general se convirtieron en los oficios mejor remunerados y con mayor proyección dentro del trabajo manual madrileño.

Además, las nuevas empresas adoptaron las formas de producción masivas y en cadena, exportadas por las grandes multinacionales estadounidenses.



*Operarios de la fábrica de cervezas Mahou, c. 1930.*



*Taller de fresado de la Standard Eléctrica, S.A., 1928.*

Este nuevo contexto económico fue una oportunidad para la incorporación de la mujer a nuevos oficios, distintos a los tradicionales del textil, del servicio doméstico y de las cigarreras. Las mujeres fueron protagonistas en sectores como la fabricación de bombillas eléctricas o la confección de aparatos telefónicos.

Su participación se produjo dentro de un sistema que contemplaba una estricta división sexual del trabajo y en la mayoría de los casos quedaron adscritas a tareas consideradas complementarias, como el empaquetado de jabones, y con menores opciones de ascenso y mejora profesional y salarial. En todo caso, significaron un avance en la independencia económica y personal de la mujer española.

*Soldadoras en la Standard Eléctrica, 1928.*

*Operarias de la fábrica Gal, 1909.*

# EL TRIUNFO DE LOS SERVICIOS EN EL NUEVO MERCADO LABORAL (1900-1936)

A lo largo del primer tercio del siglo XX la ciudad de Madrid experimentó una serie de transformaciones que acabarían convirtiéndola en una auténtica metrópoli. En buena medida, este proceso estuvo impulsado por el cambio de rumbo que tomó la economía de la ciudad.

Durante este periodo, a la ya existente industria de la producción textil y siderúrgica, se añadieron los sectores químicos, la producción de maquinaria, la industria de la alimentación y las artes gráficas y de la edición, dando lugar a la instalación de una moderna industria en la capital.

Pero el hecho más destacable y el que mayor repercusión tendría por su alcance social, fue el espectacular desarrollo que experimentó el sector servicios, que se convertiría en el principal motor de crecimiento económico de la ciudad.

Como consecuencia de ello, se produjo un gran incremento del número de trabajadores de *cuello banco* (oficinistas, funcionarios, profesionales liberales, etc.), llamados así en contraposición a los de *cuello azul* o de blusa, aquellos que trabajaban en un taller o en los andamios. Una masa creciente de empleados comenzó a hacerse presente en las calles de la capital, llegando a alcanzar, hacia 1930, el mismo peso que los antes omnipresentes jornaleros.

*Oficinas de la Telefónica, c. 1930.*

Dada su condición de Corte y la capitalidad política que ostentaba, Madrid había sido tradicionalmente una ciudad con un nutrido número de empleados. Sin embargo, la naturaleza del trabajo que éstos realizaban varió a raíz de los cambios que se introdujeron en la economía de la ciudad.

A partir de 1900, los empleados dejaron de dedicarse en su mayoría a la burocracia y la administración del Estado, para incorporarse mayoritariamente a las empresas privadas nacionales y multinacionales que hicieron de Madrid su principal centro de operaciones.

*Empleados del Metro con las sacas de la recaudación del día, 1931.*

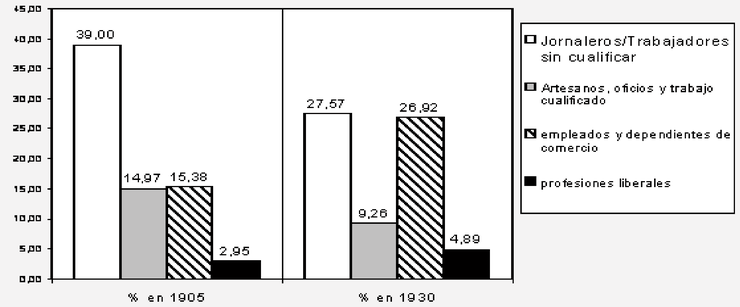
El crecimiento demográfico que se vivió durante este periodo, que llevó a la ciudad a pasar de algo más de medio millón de habitantes en 1900 a un millón en 1930, afectó directamente a su estructura profesional.

Una urbe de tales dimensiones requería una compleja organización, lo que provocó la aparición de nuevas profesiones y transformó los antiguos oficios.

*"Aparte de los estudiantes, aquí* [a Madrid] *vienen jóvenes que trabajan en oficinas, en bancos, en comercios... Y muchachas taquimecas, cajeras, empleadas de Madrid-París o de los Rodríguez."*

"*Dónde y cómo se baila en Madrid*", Rafael Martínez Gandía*, Crónica,* 13 de julio de 1930

**Evolución de los principales grupos profesionales del mercado laboral masculino. Ensanche Norte, 1905-1930. Porcentajes sobre el total de trabajadores.**




Las condiciones de trabajo y de vida de las clases trabajadoras experimentaron una importante mejora durante estos años. El estallido de la *Gran Guerra* abriría un período de crecimiento económico que estimuló la aparición de una nueva clase media formada por empleados que disfrutaban de mayores ingresos y una situación más favorable.

Pero fue, sobre todo, la acción reivindicativa de las organizaciones obreras, que cada vez tenían más fuerza y una presencia protagonista en la vida de la ciudad, la que resultó determinante para que se aplicaran medidas encaminadas a mejorar las condiciones laborales, así como la consecución de derechos sociales para los trabajadores.

*Mitin de Pablo Iglesias, 1909.*

Durante estos años, el movimiento obrero conquistó algunas de sus reivindicaciones históricas, como el descanso dominical, el aumento de los salarios y, especialmente, la institucionalización de la jornada laboral de ocho horas.

La reducción de la jornada y el incremento salarial permitió a sectores cada vez más amplios de la sociedad abandonar los umbrales de la subsistencia y disponer de tiempo libre y recursos para el consumo. Los trabajadores comenzaron así a dedicarse a la práctica del deporte, a frecuentar las bibliotecas populares y a disfrutar de los espectáculos de masas, como el cinematógrafo o el fútbol.

La segunda revolución industrial se dejó sentir de manera notable en Madrid, que en el primer tercio del siglo XX vivió su particular despertar industrial.

Durante estos años se instalaron en la capital un buen número de industrias relacionadas con las nuevas ramas de la producción, las cuales llenarían el tradicional vacío industrial que había caracterizado a la ciudad.

Las nuevas fábricas que comenzaban a formar parte del paisaje urbano requerían la presencia de una mano de obra numerosa. De este modo, la cifra de obreros fabriles empleados en la industria madrileña creció de manera significativa y, por la importancia que adquirieron, pasaron a constituir una parte considerable del grueso de la clase trabajadora madrileña.

*Fábrica de la perfumería Gal en la Moncloa, 1925.*

Pero fue el vuelco de la economía madrileña hacia los servicios lo que acabó por transformar el perfil socio-profesional de la ciudad. La fuerza del sector terciario y el predominio de los empleados en el mercado laboral reflejaban las profundas transformaciones económicas, sociales y culturales que habían tenido lugar a lo largo de este período.

Uno de los aspectos más relevantes de la modernización económica de la ciudad fue el inicio de la plena incorporación de la mujer al mercado laboral asalariado de forma permanente. Maestras, empleadas, secretarias, taquimecanógrafas o dependientas de comercio se hacían visibles por fin en las calles madrileñas.

*Grupo de empleadas en la Gran Vía, 1930.*

*Oficinas de la Caja Postal de Ahorro, 1930.*

El protagonismo que el proletariado de cuello blanco estaba tomando en la sociedad madrileña y las nuevas prácticas culturales que se iban imponiendo constituían un signo inequívoco de la modernización que, en vísperas de la proclamación de la Segunda República, había llegado a la ciudad de Madrid y al conjunto del país del que era capital.

*Aspecto del paseo de la Castellana, c.1930.*

# EL SECTOR DE LA CONSTRUCCIÓN EN MADRID (1900-1930)

El papel de la construcción en el desarrollo de Madrid durante la segunda mitad del s. XIX había sido fundamental, tanto para lograr la integración profesional y personal de la mayoría de los trabajadores inmigrantes no cualificados, como para sostener a la economía madrileña ante la falta de un verdadero desarrollo industrial.

Durante el primer tercio del s. XX, el sector de la construcción conservó un rol de primer orden en la economía madrileña debido al fortísimo crecimiento demográfico que experimentó la ciudad y que, consecuentemente, obligó a la edificación de miles de viviendas nuevas.

*Vista aérea de la barriada de Tetuán de las Victorias, c. 1930.*

*Vista aérea de la barriada de Tetuán de las Victorias, c. 1930.*

La explosión del Extrarradio fue un fenómeno que Madrid compartió con otras grandes ciudades europeas, como París, Londres o Berlín, o españolas como Barcelona. Cuatro Caminos, Bellas Vistas, Tetuán de las Victorias, Guindalera, Puente de Vallecas o Prosperidad se convirtieron en barriadas suburbiales que conectaron la ciudad con los términos municipales de los diminutos pueblos que la rodeaban.

Fue un crecimiento totalmente descontrolado, sin ningún tipo de regulación urbanística, que multiplicó en pocos años las casas bajas, contrahechas, de mala calidad, donde familias enteras se apiñaban en unas condiciones de habitabilidad paupérrimas. Una imagen que contrastaba con los parques urbanizados destinados a las clases medias de la sociedad, de casas unifamiliares de una o dos plantas rodeadas de jardín.

*Construcción del primer tramo de la Gran Vía, c. 1912.*

*Construcción del tercer tramo de la Gran Vía, c. 1929.*

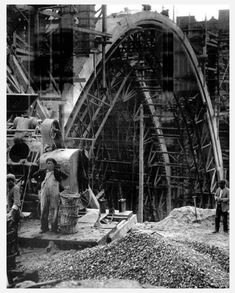
El mundo de la construcción vivió una etapa de auge gracias a esa expansión ilimitada de la ciudad, pero también a la remodelación de su interior, especialmente con el proyecto de la Gran Vía, que rápidamente se convirtió en un símbolo de modernidad indiscutible.

En esa vía que se abrió para mejorar la fluidez de la circulación interior de la ciudad se emplearon miles de albañiles, carpinteros, peones, jornaleros y mozos de carga durante más de veinte años, y en ella se levantaron algunos de los edificios más emblemáticos de la ciudad, como el edificio de la Compañía Telefónica, el rascacielos más alto de Europa en el momento de su finalización.

*Construcción de la Gran Vía, c. 1924.*

*Inicio de las obras de construcción del edificio de la Telefónica, 1926.*

Las zanjas y andamios se multiplicaron por la ciudad por impulso de las obras de reforma interior y el acondicionamiento e instalación de infraestructuras en la zona del Ensanche. El desarrollo de los modernos transportes urbanos (metro y tranvía) generaron igualmente un gran volumeno de obras públicas. El magno proyecto de la Ciudad Universitaria, las nuevas instalaciones del matadero municipal o la prolongación del paseo de la Castellana, se sumaron a esa profunda transformación de la ciudad.

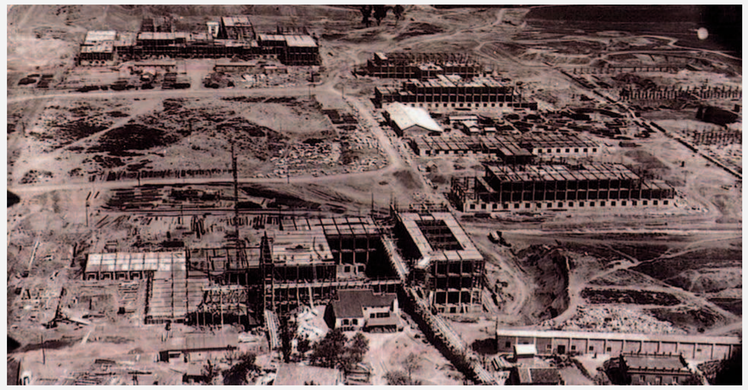


*Construcción viaducto c/ Bailén, c. 1935.*

*Empedrado del Paseo de Sta. Mª de la Cabeza, 1913.*

Ese intenso calendario de obras públicas y la vertiginosa expansión de la ciudad en barriadas populosas se sucedieron a la par de una profunda transformación interna del sector de la construcción. Las reducidas cuadrillas del s. XIX, formadas por un maestro de obras y un puñado de operarios, encargadas normalmente de la edificación en un solar, fueron sustituidas progresivamente por grandes sociedades anónimas de reciente creación.

Empresas como Fomento de Obras y Construcciones o Agromán llegaron a reunir plantillas que superaban los 2.000 trabajadores. Eran empresas con la capacidad y los recursos suficientes para atender las necesidades y los plazos de los proyectos públicos.



*Obras iniciales en la Ciudad Universitaria., c. 1932.*

Juntos a esas grandes compañías, también aparecieron fábricas y grandes talleres destinados al abastecimiento de materiales de construcción para las empresas constructoras y que, igualmente, aglutinaban a plantillas que excedían las dimensiones del taller tradicional.

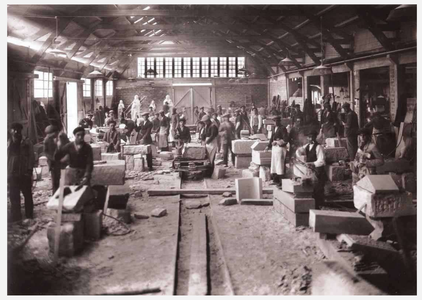
Esos cambios tuvieron consecuencias inmediatas para los propios trabajadores, especialmente para los jornaleros y trabajadores no cualificados, que vieron reducida parcialmente su precariedad laboral gracias a una mayor estabilidad en su lugar de trabajo .

*Armazón de hierro y acero del edificio de la Telefónica, c. 1927.*

*Construcción de los depósitos del Canal, 1915.*

Los cambios producidos al calor de la segunda revolución industrial también afectaron a las condiciones laborales de los trabajadores, con una incipiente mecanización en algunos procesos de producción de materiales, en la edificación de grandes edificios o en nuevas obras con un grado de dificultad añadido como la red de transporte suburbano.

La aparición de las grandes compañías constructoras y los talleres de materiales acarrearon la definitiva desaparición de la independencia de los viejos maestros de obras. Numerosos oficios artesanales desaparecieron ante la contratación de trabajadores no cualificados junto a carpinteros o albañiles.



*Trabajadores en una fábrica de cantería, c. 1927.*

*Trabajadores en el andamiaje del edificio de Telefónica, c. 1927.*

La fuerte inflación originada a raíz de la Primera Guerra Mundial y los profundos cambios ocasionados por la segunda revolución industrial fraguaron una idea inequívoca de deterioro en las condiciones de vida para una gran parte de los trabajadores.

Las reivindicaciones encaminadas a lograr unas mejores condiciones de trabajo y subidas salariales que compensaran el encarecimiento de la vida, se produjo de forma paralela a una incipiente intervención del Estado en cuestiones laborales, con leyes sobre los accidentes de trabajo o el descanso dominical, por ejemplo, o la aparición del Ministerio del Trabajo.

*Obreros asfaltando la vía en la calle Preciados, c. 1900.*

*Obras para la línea 1 del Metro, c. 1920.*

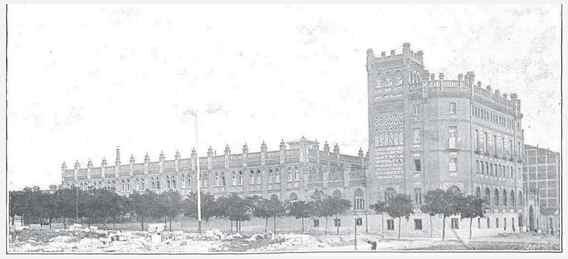
Las protestas y las huelgas eran públicas manifestaciones del descontento existente entre buena parte de los trabajadores madrileños, un enfrentamiento entre sindicatos y asociaciones obreras y las agrupaciones patronales que fue *in crescendo* y que en la construcción particularmente intenso.

Las oleadas huelguísticas de 1919 y 1920 representaron un punto de inflexión por transformar el motín decimonónico por oficios en formas reivindicativas modernas, las huelgas como instrumento de presión, con un alto grado de seguimiento y de violencia. Una conflictividad que se interrumpió durante la dictadura de Primo de Rivera y que reapareció durante la Segunda República, cuando Madrid se convirtió en la auténtica capital de la protesta. Los obreros de la construcción fueron los líderes de ese ciclo de protestas con las grandes huelgas de 1934 y 1936, que paralizó a la ciudad en los días previos a la guerra.

*Sector de la Castellana frente a los actuales Nuevos Ministerios, 1933*

# LA PERFUMERÍA GAL: UN EJEMPLO DE FÁBRICA MODERNA

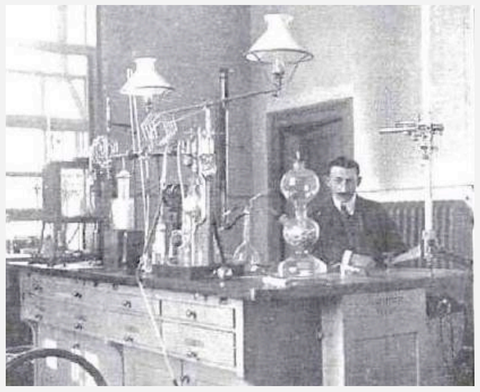
La Perfumería Gal fue fundada a comienzos de siglo XX por dos hermanos, Salvador y Eugenio Echeandía Gal. En origen era un modesto comercio de droguería en el centro de Madrid, un pequeño taller donde se producían y vendían cosméticos y productos químicos, pero sus fundadores supieron transformarlo en una gran empresa y a la altura de 1930 se había convertido en una de las principales firmas españolas en el sector químico. Perfumerías Gal tenía por entonces una gran fábrica en las afueras de Madrid, en la plaza de la Moncloa, en la que se empleaban casi 600 trabajadores. Además contaba con dos casas comerciales en el extranjero que distribuían sus productos, en Argentina y en Inglaterra. Algunos de sus artículos eran consumidos en muchos hogares españoles, como el jabón *Heno de Pravia.*



*La fábrica Gal en 1915*

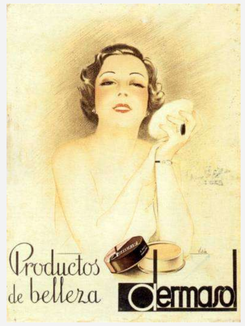
*Anuncio jabón de Heno de Pravia*

El éxito de los hermanos Gal se debió a su apuesta por la innovación en todos los órdenes de la actividad económica. Gran parte de su inversión la destinaron a la investigación y a la introducción de novedades tecnológicas. Así la empresa contó desde sus orígenes con unos laboratorios químicos donde crear nuevos productos para lanzar al mercado. Esto permitió que Gal produjera desde dentífrico a jabón de ropa, desde perfumes hasta cosméticos y artículos de maquillaje.



*Salvador Echeandía enseñando la fábrica al infante Jaime en 1929. Eugenio Echeandía en el laboratorio de la fábrica en 1909.*

Otra práctica revolucionaria fue la creación de un departamento de publicidad dentro de la empresa. Además de fabricar jabones y colonias, en la fábrica Gal se diseñaban los anuncios que daban a conocer sus artículos y que los hicieron conocidos en toda España. Gran parte del éxito de Gal se basó en haber logrado convencer a extensas capas de población de consumir productos cosméticos que antes no entraban en su cesta de la compra. Al mismo tiempo los modernos anuncios Gal difundían nuevos estilos de vida en la sociedad española.

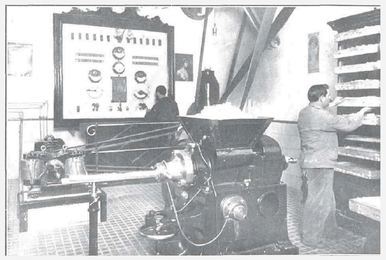


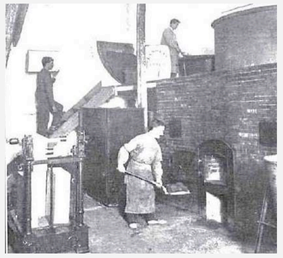

*Anuncios de finales de la década de 1920.*

*Trabajadoras de los departamentos de empaquetado de Gal en la azotea de la fábrica, 1915.*

La llegada de la electricidad como nueva fuente de energía permitió que en Madrid se introdujeran cada vez más máquinas en la producción industrial. La fábrica Gal se situó a la vanguardia de la mecanización de la producción; su gran planta contaba con potentes motores y complejas máquinas para producir en serie y a bajo coste.

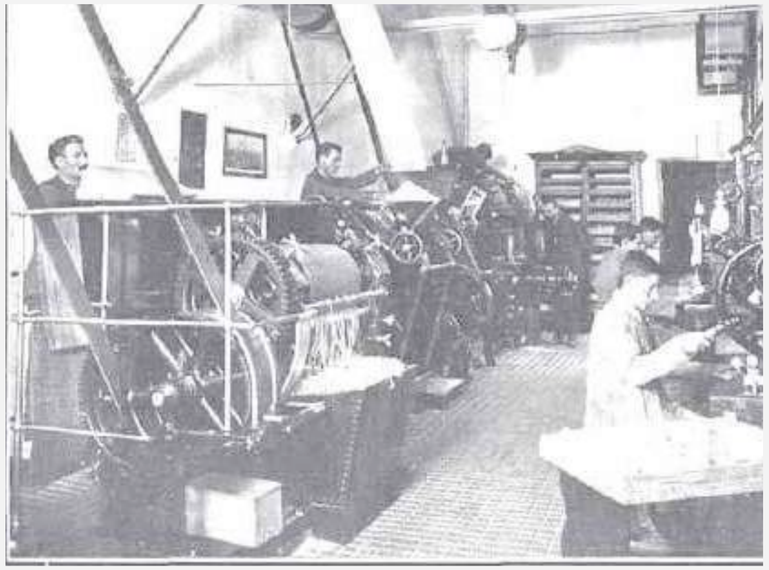
En Gal también se introdujeron las nuevas formas de organización científica del trabajo basadas en la producción en cadena. Junto a cada máquina se situaba un trabajador especializado, con tareas muy precisas como el control del suministro eléctrico, la atención de las calderas de cocción de jabón o las máquinas que cortaban los productos ya elaborados.



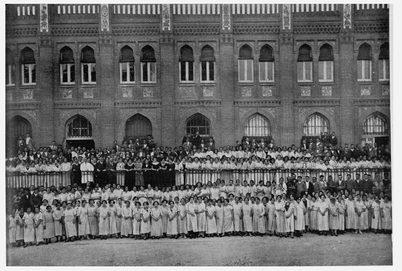


*Sala de motores (izquierda) y calderas de cocción del jabón (derecha) en la fábrica Gal, 1909*

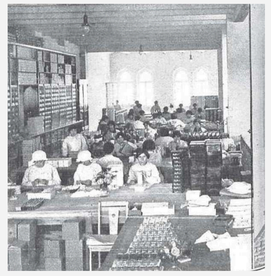
Estos trabajadores mecánicos, situados en el centro de la cadena de montaje, solían estar bien pagados en función de su alta especialización. Debían manejar una maquinaria de funcionamiento delicado y complejo y muchas veces resultaban insustituibles. A pesar de ser asalariados y haber pedido la independencia de los artesanos, formaban parte de la aristocracia del proletariado y la industrialización no parecía haberles perjudicado.



*Máquinas para la fabricación del jabón Heno de Pravia, fábrica Gal, 1909.*



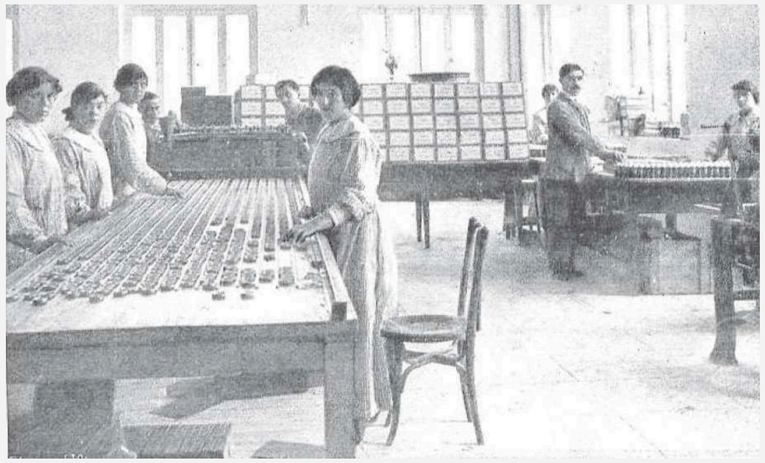
*Plantilla de la fábrica Gal en 1915.*



*Empaquetadoras de la fábrica Gal en 1915.*

No todo el mundo salía beneficiado con las modernas formas de producción industrial. La organización científica del trabajo también creaba empleos que no exigían demasiada cualificación, como el empaquetado y envasado de los jabones, colonias y demás artículos cosméticos. Eran tareas repetitivas, que implicaban mucho esfuerzo físico pero poca preparación.

Para estos puestos “al final de la cadena” se contrató de forma masiva y casi exclusiva a mujeres, por lo general jóvenes y solteras que trabajaban sólo por una temporada en la fábrica Gal. Su salario era bajo y mucho menor que el de los varones, por la naturaleza de las tareas que desempeñaban pero sobre todo porque socialmente aún pesaba la consideración de que el trabajo de las mujeres fuera de casa debía ser esporádico y complementario del varón. A ninguna mujer se le permitía ocuparse de las tareas que realizaban los hombres en las fábricas y que les podría haber convertido, por su sueldo, en trabajadoras independientes.



*Trabajadoras de Gal envolviendo artículos para su distribución y venta, 1915.*

El tipo de gestión empresarial en la fábrica Gal combinaba innovación tecnológica, de organización del trabajo y de estrategias publicitarias y comerciales. Era una digna representante de la moderna economía de la segunda revolución industrial pero esto no evitaba que, junto a tanta innovación, se reprodujeran viejos vicios laborales como la discriminación femenina en la división del trabajo.

# EL COMERCIO TRADICIONAL MADRILEÑO HACIA 1900

El incremento del número de establecimientos mercantiles que siguió a la implantación de la libertad de compra venta en 1834 convirtió a Madrid en una *ciudad de tiendas*, si bien todavía huérfana de la ostentación y de la fiebre que por la moda habían hecho emerger en capitales europeas como Londres y París sociedades devotas de nuevas formas de ocio y consumo. Allí florecieron durante la segunda mitad del siglo XIX grandes almacenes a partir de la transformación de comercios tradicionales, especialmente de tejidos.

*Edificio y salas interiores de los Grandes Almacenes Le Bon Marché de París.*

Excepto algunas vías del casco antiguo (San Jerónimo, Montera, Alcalá), donde funcionaban fastuosos establecimientos marcados por la difusión de primicias en cualquier tipo de género, Madrid ofrecía una vida comercial modesta y tradicional, en la que el despacho de productos de primera necesidad y un intenso minifundismo eran las notas descollantes.

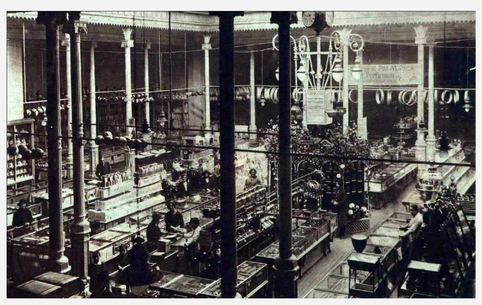
La configuración de sus tiendas adquiría tintes casi gremiales, especializadas en la oferta de productos concretos, con planteamientos monovalentes, de escaso atractivo para el público y carentes de las nuevas estrategias comerciales ya desarrolladas en Europa y Norteamérica.

*Casa Loewe, dedicada a la venta de artículos de lujo (primera década s. XX).*

*Peluquería a comienzos de siglo XX*

El atraso comercial de la capital se manifestaba incluso respecto a Barcelona, donde en 1878 se fundaron los *Grandes Almacenes El Siglo*. Con siete plantas de venta, 75 secciones, sistemas de publicidad basados en la prensa escrita, una cuidada ornamentación y una plantilla de empleados más profesionalizada y amplia, *El Siglo* marcó los primeros pasos en la democratización de la venta, quedando los artículos expuestos en vitrinas y concediéndose al cliente una mayor libertad dentro del establecimiento. En Madrid, sólo los bazares y almacenes populares como el *Bazar X* o el *Bazar de la Unión* plantearon un modelo similar, bajo el influjo de las exposiciones comerciales europeas de mediados del siglo XIX.

*Anuncio en prensa Grandes Almacenes El Siglo.*



*Interior del Bazar X (calle de Carretas).*

*Establecimiento de frutas y huevos en calle de Carranza, 1900.*

Los comercios madrileños tenían un marcado sesgo familiar y junto al propietario del negocio trabajaban mujer e hijos local. La familiaridad también teñía las relaciones con los clientes, que solían ser habitantes del barrio en quienes se confiaba y a los que frecuentemente se fiaba y se les dejaba a deber los artículos comprados.

En estos negocios no solía haber más de uno o dos empleados; sólo unos pocos bazares del centro urbano contaban con plantillas más extensas. Los trabajadores mantenía relaciones laborales cuasi familiares con sus patronos y actuaban como una especie de criados versátiles, dedicándose no sólo al despacho de productos sino también a la limpieza y a los recados.

*Dependencia de la espartería Casa Crespo (fundada en 1863).*

*Interior de una pañería en Conde de Romanones, 1900.*

Los trabajadores del comercio eran pagados a la manera feudal, compensando su trabajo con un jergón, la comida y unas pocas monedas que a veces no veían. Los dependientes de comercio representaban una de las clases más explotadas y necesitadas de reformas sociales. No percibían sueldo hasta transcurrido un aprendizaje de varios años, su jornada era una de las más largas, alcanzando hasta dieciséis horas y se hallaban desatendidos por las leyes sociales.

*Vaciador afilador Gesse, en la calle de Esparteros (1910).*

Gran parte de las tiendas madrileñas estaban dedicadas a la venta de productos de primera necesidad: ultramarinos, carbonerías y tabernas que distribuían artículos de comer, arder y beber. En una posición secundaria se hallaban los comercios de tejidos, situados principalmente en las vías públicas del centro urbano, y los talleres artesanales que compatibilizaban la fabricación de artículos con la venta al consumidor.

*Aspecto interior de una frutería madrileña, 1908.*

*Taberna Casa Puebla, c. 1900.*

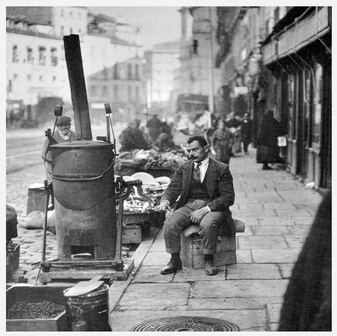
Durante la monarquía isabelina y bajo el influjo de la moda parisina surgieron en Madrid los primeros pasajes comerciales, definidos por unas pautas mercantiles desconocidas hasta entonces. Bajo el impulso del capital privado fueron edificados como galerías que conectaban dos puntos de una zona urbana, actuando como canales de intercambio que ofrecían una amplia gama de productos exhibidos en vitrinas a los ojos de potenciales clientes. La utilización del hierro y de cubiertas acristaladas les llevaron a convertirse en piezas fundamentales de la remodelación interior de la ciudad y su éxito quedó interrumpido por la aparición de nuevas formas de distribución y venta del comercio minorista.

*Proyecto del pasaje comercial diseñado por José Grases Riera (1901).*

La venta ambulante seguía siendo también una de las formas de comercio más habituales en el Madrid de la segunda mitad del siglo XIX. A pesar de su carácter informal, esta actividad cumplía una función esencial en el sistema de distribución por su eficacia a la hora de dar salida a los excedentes no vendidos en los mercados autorizados.

Tuviesen un carácter flotante o semiautorizado, los vendedores ambulantes libraron una tensa lucha con los comerciantes establecidos. Horarios no respetados, competencia ilícita, venta en domingos, interrupciones del tránsito público o fraudes respecto al pago de impuestos y contribuciones fueron las razones esgrimidas por los segundos para denunciar la actividad de los ambulantes.

*Vendedor ambulante de pavos..*



*Tostador de café en la calle Toledo.*

# LA MODERNIZACIÓN DEL COMERCIO MADRILEÑO EN EL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XX

*"El Madrid nuevo es el de los grandes Almacenes que tienen su día barato, su día de retales, su día de regalo de porcelanas y toallas. Se vive en las grandes vías en que se llega a esas liquidaciones constantes, el ruido del vivir, el no estar en rincones lóbregos eligiendo penosamente una cosa. Por una vez se entra en el universo lleno de bengalas y de cosas que parecen medio regalarse."*

Ramón Gómez de la Serna, 1935.

*Caricatura sobre las compras femeninas publicada en la revista* Blanco y Negro *en 1913.*

En el primer tercio del siglo XX el sector comercial en Madrid experimentó una profunda transformación. En el centro de la ciudad los modestos talleres y pequeñas e insalubres tiendas, que daban a sus dueños lo justo para ir subsistiendo, fueron sustituidos por establecimientos innovadores, tanto en su aspecto como en su organización. El emblema del nuevo comercio madrileño fueron los modernos grandes almacenes, como *Madrid-París* y los *Almacenes Simeón* y *Almacenes Rodríguez*, construidos a imagen y semejanza de los grandes *department stores* europeos. También abrieron sus puertas las tiendas especializadas en la venta de los nuevos artículos de consumo, como los automóviles y los electrodomésticos.

*Los* Grandes Almacenes Madrid-París *fueron el emblema de la modernización comercial de Madrid.*

El tamaño y el número de empleados de los grandes almacenes en Madrid estaba en consonancia con el volumen de sus ventas. A diferencia de lo que sucedía en el comercio tradicional, el negocio de los grandes almacenes no residía en vender caro, sino en vender mucho ganando poco, y de forma rápida. La elevada facturación compensaba el reducido margen de ganancia con el que operaban, incluso las pequeñas perdidas, pues era frecuente que pusieran a la venta "artículos reclamo" a precio por debajo de su coste, que atraían clientes a la tiendas que, una vez dentro, acabarían quizá adquiriendo otras mercancías.

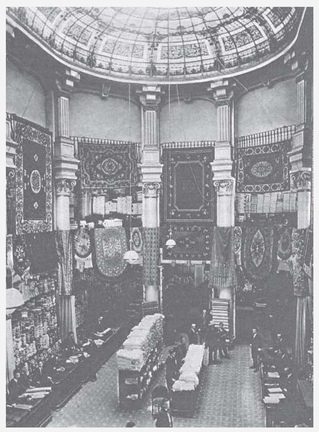
*Aspectos del comercio en los años treinta en Madrid: mujeres comprando en una carnicería y maniquíes en una tienda de modas.*

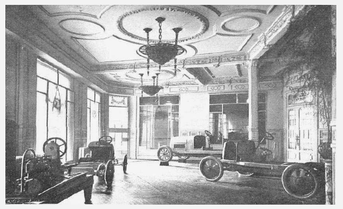
*Interior y dependientas de una zapatería en la Gran Vía en 1934. A la derecha, escaparate iluminado de la sombrerería La Horra.*

La innovación en las prácticas comerciales y en las estrategias de venta que se produjo en este periodo revolucionó los hábitos de compra de los madrileños. Una de las primeras novedades incorporadas fue el establecimiento del precio fijo y marcado en los productos, que desterró la antigua práctica del *regateo*. Se introdujeron también las rebajas de invierno y de verano, las liquidaciones *por fin de temporada* y las ventas especiales, que acabaron conformando un calendario comercial que cubría todo el año. Estas campañas se ponían en conocimiento del público a través de la publicidad, que se convirtió en un recurso habitual para los comerciantes para incitar al consumo. Incluso los tenderos más modestos hicieron suya la máxima *Quien no anuncia no vende.*

*Los comercios publicitaban sus servicios al cliente y sus ventas especiales a través de la prensa.*

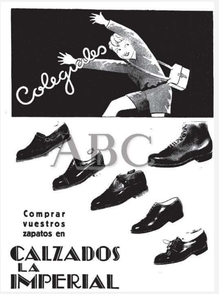
Se implantaron asimismo nuevos sistemas y métodos de pago, como la venta a plazos y a crédito, pensados para incitar la compra, especialmente la de los nuevos artículos de consumo de precio más elevado, así como la fórmula del "pruébelo sin compromiso". Un sencillo contrato, que podía incluir un pequeño recargo sobre el precio al contado, permitía a los consumidores disfrutar del producto deseado antes incluso de poseer el dinero con el que pagarlo. Se generalizó también la entrega de muestras y pequeños obsequios a los consumidores, como almanaques, calendarios, estampas, etc. Estas y otras prácticas estaban dirigidas a satisfacer, complacer y servir a los compradores. De este modo, la figura del consumidor se convirtió en la piedra angular sobre la que se asentaron, cada vez en mayor medida, las relaciones comerciales.





*Hall central de los Almacenes Simeón en los años veinte. A la derecha, concesionarios de automóviles en la Gran Vía.*

La modernización del comercio pasó además por la renovación de su aspecto físico, destacando el gran desarrollo alcanzado por el escaparatismo. El escaparate incitaba a la compra de los artículos estudiadamente expuestos, y además lo hacía tanto de día como de noche, *trabajando* de forma permanente para su propietario, aun durante las horas en el que el comercio permanecía cerrado. Las nuevas tecnologías, especialmente la electricidad, contribuyeron decididamente a realzar su valor, convirtiéndose en un elemento consustancial del paisaje urbano.

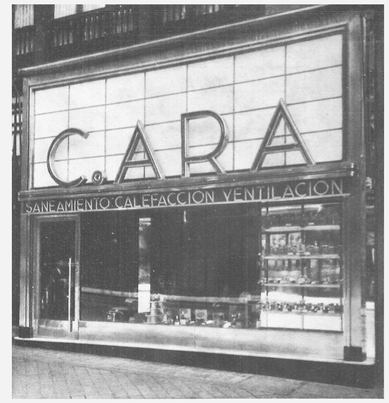


*Anuncios publicitarios de comercios madrileños publicados en la prensa de los años veinte y treinta.*

"Ir de tiendas", "de compras" y "salir a ver escaparates" se convirtieron en actividades vinculadas al ocio y al tiempo libre, consolidándose como uno de los pasatiempos favoritos de los habitantes de la ciudad, especialmente entre las mujeres. Para ellas representaron también una forma de ocupar y redefinir el espacio público en el mundo urbano.

*Escaparates iluminados de los* Almacenes Quirós, *situados en la Gran Vía, en los años treinta..*

La magnitud de la transformación del comercio durante el primer tercio del siglo XX eran una manifestación más de la profunda transformación urbana de Madrid: aparecieron y se multiplicaron los grandes almacenes y el moderno comercio especializado, se difundieron las nuevas técnicas comerciales y publicitarias y nuevos hábitos de consumo. Esta transformación se sustentó sobre las nuevas clases medias urbanas, alimentadas por los cambios producidos en el mercado laboral, con la irrupción de los nuevos trabajadores cualificados y la expansión del número de empleados, actores y protagonistas de la emergente sociedad de consumo.




*Los comercios especializados en Madrid: tienda fotográfica* Kodak *y C. ARA, dedicada a la venta de saneamientos.*

# OFICIOS TRADICIONALES EN EL MADRID MODERNO

*Barrenderos en 1933*

*Vendedores ambulantes de corbatas en 1935*

*Afilador en las calles de Madrid en 1927.*

*Mercado de la cebada hacia 1910*

*Churreros en la feria*

*Lavanderas del Manzanares a comienzos del siglo XX*

# EL SERVICIO DOMÉSTICO, 1900-1936

El servicio doméstico fue un sector fundamental en el mercado laboral madrileño hasta bien entrado el siglo XX. El trabajo de las sirvientas resultaba crucial para el mantenimiento de los hogares, y ante el acelerado ritmo de crecimiento de Madrid durante este periodo, la demanda de trabajadoras domésticas no dejó de aumentar. El servicio doméstico de la capital se convirtió así en un potente sector de contratación que además de emplear a jóvenes de la ciudad, atraía anualmente grandes contingentes de mujeres procedentes de provincias cercanas

Los salarios de las sirvientas eran bajos y por ello su contratación no era exclusivo de las familias aristocráticas y más pudientes; también en las casas de la las clases medias era frecuente disponer de al menos una criada interna para el cuidado de la familia.

*Amas de cría en la calle de Alcalá, 1907*

El aumento del empleo como criada también se debió a la expansión de las clases medias madrileñas a lo pargo del primer tercio del siglo XX. En cuanto una familia podía permitírselo contrataba una criada que además de cumplir una función económica en el hogar eran un signo de distinción.

*Niñeras en los Jardines del Retiro, 1907*

El carácter suntuario del servicio doméstico se solía expresar en el uniforme que muchas de las criadas y niñeras vestían; la ropa de la sirvienta debía expresar la categoría y la riqueza de la casa que servían.

También era un signo de distinción el numero de personas que integraban el servicio y su grado de especialización. Así, en las grandes casas madrileñas no se conformaban con una criada para todo, una doncella o una cocinera sino que debían incluir nodriñzas, niñeras, institutrices, señoritas de compañía y hasta mayordomos.

*Niñeras en los Jardines del Retiro, 1907*

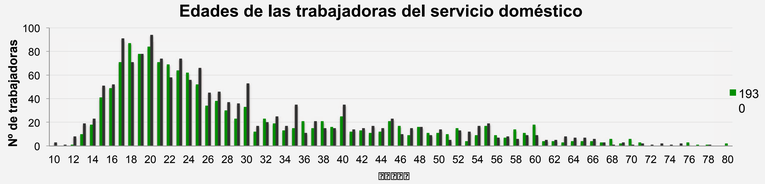
*Sirvienta, Madrid, c. 1910*

*Ama de cría, Madrid, 1907*

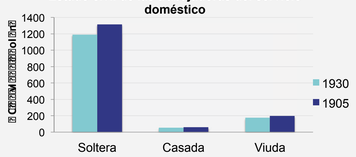
*Sirvienta atendiendo el almuerzo de sus amos,, c. 1910*

Aunque el servicio doméstico era un sector laboral dominado fundamentalmente por las mujeres, todavía era destacable la presencia de algunos criados varones que en 1905 representaban cerca de un 10% del total. Sus sueldos eran siempre más altos y el tipo de trabajos que ejercían mucho más distinguidos: eran lacayos, cocheros, porteros de casas aristocráticas, mozos de comedor o mayordomos..

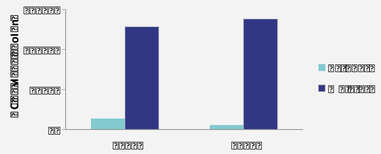
**Edades de las trabajadoras del servicio doméstico**




**Estado civil de las trabajadoras del servicio doméstico**




**Estructura por sexo del servicio doméstico**



*Fuente: Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1905 y 1930 (formularios correspondientes al Ensanche Norte y al Casco Antiguo)*

Las nodrizas formaban un colectivo distinguido dentro del servicio doméstico. La contratación de estas criadas, también llamadas amas de leche o de crianza, era una costumbre muy extendida entre las familias acomodadas; las razones no solían estar vinculadas ni con las salud de las madres ni con las de los hijos y respondía a cuestiones culturales y sociales. La contratación de una nodriza permitía a la mujer de la casa liberarse de las tareas propias de la maternidad y dedicar su tiempo a a otras funciones.

La nodriza, por otra parte, era una forma de ostentación social que en algunos casos se contrataban siguiendo viejas supersticiones; así por ejemplo, las nodrizas cántabras y vascas eran muy codiciadas por considerarlas cristianas viejas que garantizaban la pureza de los niños de la casa.

*Nodriza con su cría, c. 1900*

*Traje de ama de cría pasiega*

*Nodriza, c. 1910*

*Criada, Madrid, c. 1910*

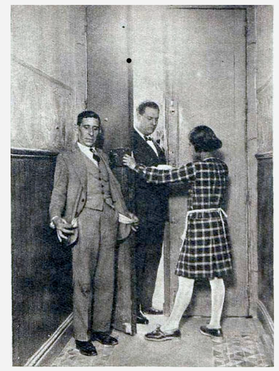
*Una sirvienta y un hombre enchisterado en la Puerta del Sol, 1907*

La mayoría de las mujeres empleadas en el servicio doméstico madrileño a principios del siglo XX eran criadas para todo, con escasa especialización y que podían encargarse de todo tipo de tareas en la casa donde estaban contratadas.
Eran mujeres jóvenes, solteras, procedentes del campo y sin formación, que emigraban a Madrid por una corta temporada, para ganar algún dinero que podría servirles de dote para su matrimonio.

*Niñeras paseando por el Paseo del Prado, 1907*

Aún teniendo en cuenta que –en el caso de las sirvientas internas–, los gastos de albergue y manutención corrían a cargo de los empleadores, y que la sisa era una práctica frecuente en el servicio doméstico, los salarios que ganaban las sirvientas se encontraban muy por debajo del coste de la vida. Si a esto unimos que las criadas realizaban tareas que exigían un enorme esfuerzo y las jornadas laborales podían alcanzar las dieciséis horas, el oficio de sirvienta se convierte así en uno de los más duros y penosos que se podían hacer en la ciudad.

*Familia con una sirvienta, Madrid, c. 1910*



*Criada, Madrid, 1932*

# EL TRABAJO DE LAS MUJERES MADRILEÑAS EN LA ECONOMÍA TERCIARIZADA, 1914-1936

El Periodo de Entreguerras marcó un punto de inflexión en la participación de las mujeres madrileñas el mercado laboral. Hasta ese momento, las mujeres trabajadoras se habían concentrado en dos sectores: el servicio doméstico y la confección textil, y se veían sometida a unas pésimas condiciones laborales y salariales. Eran consideradas como mano de obra barata para realizar algunos de los oficios más duros y penosos.

Pero los cambios en la economía madrileña desde la Primera Guerra Mundial abrió nuevas oportunidades a las mujeres trabajadoras comenzaron a incorporarse paulatinamente a sectores laborales que tradicionalmente habían permanecido cerrados para ellas.

*Mecanógrafas de la agencia de publicidad "Publicitas", Madrid, 1933*

En estos años irrumpieron en la sociedad madrileña las empleadas de oficina, que se convirtieron en uno de los símbolos de la modernidad. La proliferación de este tipo de trabajos se debía al fuerte impulso que conoció el sector servicios, la llegada de empresas multinacionales a Madrid y el desarrollo del sector bancario.

La llegada de las mujeres a las oficinas no encontró resistencia por la opinión pública, que aceptó este cambio sin mostrar censura alguna. Al contrario, las empleadas de oficina eran objeto de interés por parte de la prensa, y los principales medios de la época publicaban con entusiasmo reportajes periodísticos acerca de este colectivo.

*Manicura, Madrid, 1932*

*"Trini, novela de una muchacha madrileña", Crónica, 1935*

*Reportaje sobre las taquimecas de Madrid, Crónica, 1933*

*Estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, c. 1935*

La llegada de las mujeres a nuevos sectores laborales coincidió con un periodo de gran transformación de la estructura productiva de Madrid – la terciarización – y con un intenso crecimiento económico. Ellas no recogieron demasiados beneficios de este desarrollo y a pesar de que algunas mujeres accedieron a la educación superior, era muy raro que lograran puestos de trabajo cualificados. También seguían siendo escasas las muejeres que llegaban a ser médicas, abogadas, ingenieras, o arquitectas.

*Taquillera del Metro de Madrid, 1929*

*Empleadas del Metro de Madrid, 1931*

*Carmen Viance (1905-1985), de mecanógrafa a estrella de cine. Imágenes de 1929 (izda.) y 1931 (dha)*

La transformación del trabajo de las mujeres no evitó que se conservaran rasgos del pasado. EL discurso social consideraba a hombres y mujeres como desiguales en capacidades y habilidades, lo que justificaba su segregación en empleos diferentes.

Hablar de empleadas no era lo mismo que hablar de empleados. Las empleadas de oficina se asociaban con unos puestos bien definidos dentro de éstas (secretarias, taquígrafas, mecanógrafas, auxiliares) y con el ejercicio de unas operaciones que socialmente se entendía que eran adecuadas para ser realizadas por las mujeres.

*Telefonistas en la estación de la calle Jordán, c. 1930*

*Mecanógrafas de la Sociedad de Autores, Madrid, 1933*

*Alumnas de una academia de mecanografía, 1933*

*Máquina de escribir Underwood, modelo de 1920*

El creciente número de mujeres que se incorporaban al mercado laboral como empleadas de oficina, supuso un cambio estructural en el mercado de trabajo. A pesar de que, a la altura de 1930, la mayor parte de la fuerza de trabajo femenina continuaba encontrándose en los sectores que tradicionalmente habían concentrado el trabajo de las mujeres –el servicio doméstico y la confección–, los niveles de ocupación en dichos sectores experimentaron un importante descenso.

*Mecanógrafa en su puesto de trabajo, Madrid, 1933*

Este hecho, unido al aumento de la tasa ocupacional femenina en el mundo de las oficinas y, en menor medida, en las profesiones liberales, sentó las bases de una nueva tendencia en el trabajo femenino y en la participación de las mujeres en el mercado laboral.

Por otro lado, hay que destacar que el acceso de las mujeres a nuevos espacios laborales resultó decisivo para la mejora de su estatus social, jurídico y político, que encontró su reflejo en la producción legislativa de la Segunda República Española.

*Taquillera de un cinematógrafo, Madrid, 1935*

*Magda Donato, escritora y periodista, 1932*

# Trabajadores en la gran ciudad

## Los mercados laborales durante la gran transformación urbana de Madrid, 1860-1936.

VI Programa Nacional de Investigación Científica, Desarrollo e Innovación Tecnológica 2008-2011, Proyecto HAR2011-26904